

29 mayo 2015

Excelentísimo y Magnífico Señor Rector de la Universidad CEU
San Pablo

Querido José María Carrascal, Padrino de esta promoción

Excelentísimo Vicerrector de alumnos

Ilustrísimo Secretario General

Querido Director de Voluntariado y Pastoral de la Universidad

Equipo decanal, directores de Departamento

Directora de Relaciones Institucionales de la Fundación
Universitaria San Pablo CEU

Ilustrísimas y excelentísimas autoridades

Querido Capellán de la Facultad

Queridos Profesores, alumnos, miembros del PAS, familiares,
amigos todos.

Se le atribuye sagazmente a Einstein la siguiente afirmación: El problema no es la bomba atómica, el problema es el corazón de los hombres.

Mis palabras en esta tarde serán obligadamente breves. Los portagonistas sois vosotros.

Quienes habéis sido mis alumnos sabéis de mi afición intelectual por las teleseries americanas, esos nuevos monumentos de la literatura universal, de la creación artística, en suma. No es que yo vaya hoy a hablaros de Juego de Tronos. Últimamente referirse a esa saga me parece una vulgaridad propia de oportunistas. Tampoco lo voy a hacer de *House of Cards* para alertaros sobre el mal absoluto en la política y en el periodismo. Ni tampoco lo voy a hacer de *True Detective* y su relación con la filosofía de Schopenhauer.

Me quedo con *The Newsroom*, la famosa serie de Aaron Sorkin sobre periodismo. Will McAvoy, presentador de un informativo de la televisión por cable, con un inmenso ego, tiene un ídolo: Don Quijote de la Mancha. La escena inicial de la primera temporada es muy succulenta. En la Universidad de Columbia, sí, por cierto, en la Universidad con la que nosotros hemos firmado este año un acuerdo, mantiene un sabroso diálogo con un grupo de alumnos ante un auditorio lleno. Le preguntan, provocadoramente, si América es el mejor país del mundo. Y, para escándalo del auditorio, contesta que no. Y ofrece una serie de razones estadísticas. Pero no es suficiente. No le creen, porque

ellos piensan que América es el mejor país el mundo. Entonces nuestro periodista, que se está representando a sí mismo, añade un monólogo, en plano americano, que yo quiero reproducir aplicado no a América sino a vosotros. El secreto, al fin y al cabo, de porqué sois los mejores y vais a seguir siendo los mejores.

Dice Will McAvoy entre airado y sigiloso, refiriéndose a si América era el mejor país del mundo: “Claro que lo éramos. Defendíamos lo que era justo, por razones morales. Establecíamos leyes y las derogábamos, por razones morales. Librábamos guerras contra la pobreza, no contra los pobres, por razones morales. Nos sacrificábamos, nos preocupábamos por nuestro prójimo, poníamos dinero en lugar de hablar, y nunca nos jactábamos de ello. Explorábamos el universo. Construíamos grandes cosas y cultivábamos a los mejores artistas del mundo. Nos dirigíamos a las estrellas, actuábamos como hombres, aspirábamos a la inteligencia, no la despreciábamos. No nos hacía sentirnos inferiores. No teníamos miedo. Éramos capaces de hacer esas cosas porque estábamos gobernados por grandes hombres, hombres reverenciados. ¿Suficiente?”

¿Por qué estoy seguro? ¿Por qué me apostaría, no sé, un pincho de tortilla, como hacía Luis Herrero en Antena 3, a que vais a ser los mejores?

Porque tomaréis vuestras decisiones profesionales a la hora de informar, de comunicar, de trabajar en el campo de la publicidad, por razones morales, por entender que la

comunicación es un poder, no el único poder, pero sobre todo es un servicio a la dignidad de la persona.

Porque defenderéis la justicia, por razones morales, y no para servir al poder, o a los poderosos, de turno.

Porque lucharéis contra la pobreza material e intelectual en todos los órdenes de la vida y no contra los pobres, por razones morales.

Porque en la Facultad habéis aprendido a sacrificaros no por cálculos de conveniencia sino porque no hay obra humana bien hecha que no esté acompañada de la limitación de lo humano.

Porque no tendréis miedo, no como estrategia para aparentar, para figurar, sino porque vuestra libertad está fundada en la libertad que da el conocimiento experto y vuestra pasión por la verdad que no admite fáciles sustitutos.

Porque, al fin y al cabo, lo que en la Facultad habéis aprendido ha sido a mirar a las estrellas, a aspirar a la inteligencia, a no despreciarla nunca.

Y como mi otra pasión intelectual, ya lo sabéis también mis alumnos, es Aristóteles, no olvidéis lo que escribió: la “audacia es la característica del hombre esperanzado”. “El origen no está detrás de nosotros, sino delante”. Y “lo que hay que hacer después de haber aprendido, lo aprendemos haciéndolo”.

Se acabó la Universidad. ¿Qué habéis aprendido en la Universidad? Que responda Aristóteles de nuevo: “La virtud del intelecto es la sabiduría; la virtud de la voluntad es el valor, la

capacidad de actuar; y la virtud de las emociones es la templanza o el autocontrol”.

En esta tarde, y ya para finalizar, me gustaría daros un consejo. Porque sé que sois los mejores, sed humildes, porque la humildad es andar en la verdad. Acordaros de aquella escena de la película “El indomable Will Hunting” con Matt Damon y Robin Williams. Aquella escena en la que sentados en un parque, el profesor y terapeuta Sean Mc Guire le ofrece al indomable Will Hunting una lección sobre la vida.

El superdotado, incorregible, inconformista, se cree que lo sabe todo, que él lo puede todo. Pero el profesor le dice: “Si te pregunto algo sobre arte, me responderás con datos de todos los libros que se han escrito sobre Miguel Ángel. Lo sabes todo, vida y obra. Aspiraciones políticas, su amistad con el Papa, su orientación sexual, lo que haga falta, ¿no? Pero tú no puedes decirme cómo huele la Capilla Sixtina. Nunca has estado allí y has contemplado ese hermoso techo. No lo has visto. Si te pregunto por las mujeres, supongo que me das una lista de tus favoritas.

Eres duro. Si te pregunto por la guerra probablemente citarás algo de Shakespeare: “De nuevo en la brecha, amigos míos”. Pero no has estado en ninguna. Nunca has sostenido a tu mejor amigo entre tus brazos, esperando tu ayuda mientras exhala su último suspiro. Si te pregunto por el amor, me citarás un soneto. Pero nunca has mirado a una mujer y te has sentido

vulnerable. Ni te has visto reflejado en sus ojos. No has pensado que Dios ha puesto un ángel en la tierra para ti, para que te rescate de los pozos del infierno. Ni qué se siente al ser su ángel, al darle tu amor, darlo para siempre y pasar por todo...

No sabes lo que significa perder a alguien porque solo lo sabrás **cuando ames a alguien más que a ti mismo**. Dudo que te hayas atrevido a amar de ese modo”.

Ahora sí que termino. Me he preguntado qué es lo que me gustaría que recordárais de vuestro paso por la Facultad. Para responder a esta pregunta he recurrido a una de mis pensadoras favoritas, Hannah Arendt. En la dedicatoria de su libro *La tradición oculta* a su maestro Karl Jaspers escribió lo siguiente. Y éste me gustaría que fue nuestro legado para vosotros.

Dijo así: “Lo que aprendí de usted es que solo importa la verdad, y no las formas de ver el mundo; que hay que vivir y pensar en libertad, y no en una “cápsula” (por bien acondicionada que esté); que la necesidad, en cualquiera de sus figuras, solo es una fantasma que quiere inducirnos a representar un papel en lugar de ser, de una manera u otra, seres humanos. Y que nunca olvidaré la actitud que usted adoptaba al escuchar, al escucharme”.

Muchas gracias por todo lo que nos habéis enseñado. Nosotros también hemos aprendido.

Muchas gracias.